



Jack London (1876-1916)

Nota de la Redacción

Jack London (1876-1916). Editors' note

■ Marinero, contrabandista, boxeador aficionado, lector voraz, buscador de oro, agitador político, corresponsal de guerra, autodidacta, vagabundo, mujeriego, individualista, fugaz estudiante en Berkeley, conocedor de todas las privaciones, idealista, contradictorio, prolífico autor de artículos, ensayos, cuentos y novelas, rico por sus escritos, con un final origen de más de un mito... Todo es cierto en los apenas cuarenta años que componen la densa biografía de este escritor necesario en cualquier biblioteca que se precie. Una biografía que echa a andar a orillas del Pacífico...

Hijo de Flora Wellman, profesora de música y espiritista aficionada, y William Chaney, periodista y astrólogo itinerante, John Griffith London nace en San Francisco el 12 de enero de 1876. Su padre no le reconoce y abandona el hogar a los pocos meses. Su madre se casa ese mismo año con John London, un lisiado veterano de la Guerra de Secesión que aporta dos hijas de un primer matrimonio y da su apellido al niño. No quedarán documentos de ello, destruidos en el terremoto y el incendio que asolan la ciudad en 1906. La familia pasa estrecheces y cambia varias veces de domicilio hasta recalar en Oackland. John aprende muy pronto a leer y lee y relee hasta gastar sus hojas los *Cuentos de la Alhambra*, de Washington Irving, y los dos tomos de *La edad de los vikingos*, de Paul Belloni du Chaillou, que una de sus tías le regala a los ocho años. Va al colegio hasta los 14, pero cada día ha de levantarse de madrugada para vender los periódicos de la mañana y, a la vuelta, trabajar hasta la medianoche barriendo salones.

Logra lo que hoy llamamos título de graduado escolar y cuando deja la *Cole Grammar School* de West Oackland se enrola como aprendiz de marinero en barcos de bajura que se dedican a la pesca furtiva y el contrabando en la bahía de San Francisco. Incluso adquiere un viejo balandro con el que llega a ser conocido como "príncipe de los piratas de ostras". En el puerto de Oackland conoce un egregio muestrario de tipos en el filo o fuera de la ley y toma contacto con el alcohol, con el que peleará cíclicamente a lo largo de su vida. Pero también visita la *Oackland Public Library*, donde tiene la fortuna de conocer a la bibliotecaria Ina Coolbrith, que años más tarde será reconocida poeta y que le descubre a Herman Melville y Rudyard Kipling.

Comprende el riesgo que conlleva el dinero fácil y cambia de bando para incorporarse a una patrullera de la policía pesquera de California. Madura deprisa, aprende a boxear y poco después, a los 17, le vemos como marinero en la goleta *Sophie Suther-*



Jack London.

land, con la que alcanza las costas de Japón y el Mar de Bering. Cuando retorna se emplea en un molino de yute y envía un cuento, *Tifón en las costas del Japón*, al concurso que patrocina el *San Francisco Morning Call*. Lo firma como Jack London. El jurado lo considera “el mejor relato descriptivo”, le concede un premio de 25 dólares y lo publica en noviembre de 1893. Pero ello no le saca de palear carbón en el ferrocarril y ser engañado, ya que hace el trabajo de dos hombres por el sueldo de uno.

Por entonces se produce la primera gran crisis de la economía norteamericana. Las estructuras económicas se desploman de manera estrepitosa; las condiciones laborales de muchos trabajadores son inhumanas; la industria se colapsa, las huelgas se multiplican, miles de fábricas cierran y el paro se convierte en un inmenso drama social.

London pierde su trabajo y como un paria más se incorpora en abril de 1894 al “ejército de Kelly”, una legión de cien mil desempleados que marchan hacia Washington desde el Pacífico. El camino es una experiencia de cuatro meses de privaciones entre las que no falta incluso el riesgo para su vida cuando, en la fría primavera de 1894 y viajando sobre el techo de un tren de mercancías, al pasar por un túnel una chispa de la locomotora prende en su chaqueta y quema casi todo lo que lleva puesto. Alcanza Missouri y se desvía para visitar Hannibal, cuna de su admirado Twain. Vagabundea por Boston y Baltimore y llega al Estado de Nueva York. Un atardecer, la visión de las cataratas del Niágara le causa tal impresión que pasa la noche al raso para contemplarlas al alba. Pero su ropa le delata y la policía le detiene por vagabundo. El juicio es una parodia en la que ni puede abrir la boca y es condenado a pasar un mes en la *Erie County Penitentiary*, en Búfalo. Lo que vive allí le hará escribir más tarde: “El trato dado a los hombres es uno de los indescriptibles horrores de aquella cárcel. Digo indescriptibles y en justicia debería decir inimaginables...”. Pero ese camino también es una fuente inagotable de impresiones, ideas y argumentos.

Vuelve a San Francisco y se matricula en la *Oackland High School*, en la que permanece 18 meses. Ansía ir a la Universidad, se prepara a conciencia y supera las pruebas de acceso en Berkeley en el otoño de 1896. Sólo puede estudiar filosofía, arte, poesía y economía durante un semestre porque su bolsillo no da para más, pero conoce al poeta George Sterling y queda deslumbrado con las obras de Nietzsche, Marx, Stevenson, Wells y Darwin. Un conjunto heterogéneo de textos que impacta en un espíritu que ha visto de cerca cuánta humillación hay en el desempleo de miles de hombres. Nada más lógico en un idealista como él que afiliarse al Partido Socialista de los Trabajadores, ser miembro activo y, con 20 años, llegar a dar un vibrante mitin público. Con la frase “Nací en la clase trabajadora”, comenzará años después uno de sus ensayos.

Trabaja en una lavandería y vive a salto de mata. A finales de 1896 se descubre oro en el Klondike, en Alaska. La “fiebre del oro” es contagiosa y London parte hacia allí en julio del año siguiente en busca de fortuna. No hallará filones de oro, pero sí de algo más valioso: argumentos. Sufrir un cuadro de hemorragias gingivales, cutáneas, musculares y articulares, quizá por la deletérea suma de escorbuto y alcohol, y su vida llega a peligrar. En Dawson, ciudad donde confluyen el Klondike y el Yukón, el sacerdote

jesuita William Judge le atiende en un remedo de hospital en el que hace de médico, enfermero y cocinero, y puede recuperarse.

Cuando en julio de 1898 vuelve a Oackland su padraastro ha muerto y él ya ha decidido ser escritor. Lo que ha vivido a sus 22 años basta para un espíritu como el suyo y en las páginas de *The Overland Monthly*, *The Black Cat Magazine*, *Youth's Companion* y *The Saturday Evening Post*, aparecen sus primeros relatos cortos basados en la vida en Alaska: *Un millar de muertos*, *Silencio blanco*, *En un lejano país*, *En los bosques del Norte* y el sobrecogedor *Hacer fuego*. En ese momento juegan a su favor, por un lado, el imparable despegue económico de los EE UU y, por otro, los avances técnicos aplicados a las rotativas de diarios y revistas que les permite grandes tiradas y remunerar con holgura a un autor pronto apreciado por el público.

En 1900 se casa con Bess Maddern, amiga desde los tiempos del instituto, notable mujer que le enseña gramática y corrige sus textos. Tienen dos hijas: Joan, nacida al año siguiente, y Bessie, en 1902, aunque Jack cultiva cada vez más los placeres báquicos y los amores furtivos. Este año va a Londres como corresponsal de la *American Press Association* camino de la guerra de los boers en Sudáfrica, y allí le llega la noticia del final de la contienda. No pierde el tiempo y durante seis semanas se sumerge en los barrios marginales londinenses, obteniendo información de primera mano para una novela social de la que siempre se sentirá orgulloso: *Gente del abismo* (1903). En ese período publica tres obras maestras: *El hijo del lobo*, un compendio de relatos de Alaska (1900), *La llamada de lo salvaje* (1903) y *El lobo de mar* (1904). Ha creado personajes que serán eternos. Logra el éxito.

Pero Bess no acepta convivir con quien teme le transmita una enfermedad venérea y, a la vuelta de su viaje a Japón, Corea y Manchuria como corresponsal de los diarios de Randolph Hearst en la guerra ruso-japonesa de 1904, se divorcian. En 1905 contrae nupcias con Charmian Kittredge, mujer vitalista con la que terminan sus devaneos extraconyugales. Escribe sin pausa y, junto a artículos en periódicos y textos políticos (*Guerra de clases*), en ese año ven la luz sus espléndidos *Cuentos de la patrulla pesquera* y *El juego*. Además, adquiere por entonces las primeras tierras del *Beauty Ranch* en el Valle de la Luna, Glen Ellen, (norte de California), proyecta una mansión y desarrolla una idea de agricultura ecológica inspirada en lo que ha visto en Japón. Esa hacienda crecerá paso a paso y de ella dirá: "Todo lo que necesitaba entonces era un lugar tranquilo en el campo, donde escribir y pasear... Después de mi vida, es lo que más quiero en el mundo... Escribo cada libro sólo para añadir trescientos o cuatrocientos acres a mi rancho, la más bella y primitiva tierra que puede hallarse en California".

1906 es el año del terremoto e incendio de San Francisco, acontecimientos de los que da cuenta en artículos periodísticos. Pero saca tiempo para publicar *Cara de luna* y la inolvidable *Colmillo blanco*. Además diseña los planos de una goleta, la *Snark*, en la que navegará en compañía de Charmian por el Pacífico Sur durante casi dos años. Puede mantener una tripulación y, a pesar del alcohol y el tentador entorno, escribe cada día su "dosis" de mil palabras mientras recorre los archipiélagos de las Salomón, Sa-



Alaska (acuarela de Ángel Caño).

moa, Fiji, Nuevas Hébridas, las Marquesas, Hawai y Australia. Un largo periplo en el que sufre el paludismo y los primeros cólicos nefríticos, y en el que rinde un emocionado homenaje a su querido Robert Louis Stevenson al visitar su tumba en la cumbre del monte Vaea, en la isla de Apia, Samoa Occidental.

Justo antes de partir, en 1907, la editorial MacMillan & Co. publica en Nueva York *Amor a la vida* y *El camino*, obra ésta en la que relata su odisea desde San Francisco hacia Washington. Y, a la vuelta del Pacífico, la misma empresa edita en 1908 *El talón de hierro* (texto descarnado en el que anticipa los fascismos y que influirá en Orwell y su 1984) y *Martin Eden* (1909), novela en muchos puntos autobiográfica, escrita a bordo de la *Snark*.

En junio de 1910 Charmian da a luz una niña que muere a los dos días, pero ello no altera su vida y publica *Cegadora luz del día*, obra en la que vuelve al Klondike, y *Revolución*, cuyo título resume el argumento. Viajan sin parar por la América profunda y son tiempos en los que apenas pasa seis meses al año en su *Beauty Ranch*, convertido más en hucha que fuente de ingresos.

Cuando Dios ríe, *Chinago*, *Sólo carne* y los espléndidos *Cuentos de los mares del Sur*; entre los que figura ese conmovedor canto a la libertad que es *Koolau, el leproso*, ven la luz en 1911. Y al año siguiente, Jack y Charmian se embarcan cuatro meses para viajar desde Baltimore hasta Seattle pasando por el Cabo de Hornos y da a la imprenta: *Un hijo del sol*, *Cuentos de Hawai* y *La casa del orgullo*. Su capacidad de trabajo es sorprendente, más si se tiene en cuenta su nomadismo, sus problemas de salud y los frecuentes deslices con el bourbon. Precisamente en 1913, además de *El valle de la luna* y *Crucero en el Snark*, publica un texto autobiográfico, *John Barleycorn* (grano de cebada y, por extensión, cerveza), en el que el protagonista relata sus combates con el alcohol, saldados siempre con derrotas.

En 1914 viaja a Veracruz para escribir crónicas sobre la revolución mejicana. Sufre disentería y cólicos nefríticos, pero puede escribir *El motín del Elsinore* y *La energía de los fuertes*. Las crisis renoureterales se repiten y ha de recurrir cada vez con más frecuencia a la morfina. Es diagnosticado de insuficiencia renal... mas en febrero y diciembre de 1915 aún vuelve a viajar a Hawai. Ese año publica *Tortugas de Tasmania* y *El vagabundo de las estrellas*, novela basada en la vida de un expresidiario de San Quintín que por sí sola bastaría para incluirle en la gavilla de escritores inmortales.

A principios de 1916 deja el partido político en el que siempre militó. Harto de hipocresía no acepta el adocenamiento de sus jerarcas ni que quieran utilizarle como un peón en el tablero de sus componendas. Vuelve a su *Beauty Ranch*, ya para no abandonarlo. Muere al anochecer del 22 de noviembre de ese año. En su habitación hay una jarra con agua, tabaco, algunas ampollas vacías de sulfato de morfina, un vial de atropina y los gastados tomos de *La edad de los vikingos*, que ha conservado desde niño. El certificado de defunción es firmado por cuatro médicos y en él, con excelente caligrafía, puede leerse como causa de la muerte: "*Uraemia following renal colic. Contributor: Chronic Interstitial Nephritis. Duration: 3 years*".

Sin embargo, el que más de un personaje de sus obras pusiera fin a su vida ha llevado a muchos de sus críticos y biógrafos a asegurar un idéntico final para su autor. El

mismo Borges escribió asumiendo su suicidio: “London agotó hasta las heces la vida del cuerpo y del espíritu. Ninguna le satisfizo del todo y buscó en la muerte el tétrico esplendor de la nada”. Pero, tal vez lo más prudente sea no juzgar conciencias ni intenciones, asumir la duda y reconocer las conjeturas como tales y no como hechos.

* * *

London fue una fuerza de la Naturaleza. Su vida fue un no parar en busca de vivencias y aventuras, y su obra, escrita en apenas veinte años y aquí sólo apuntada, abarca más de cien espléndidos relatos cortos, media docena de novelas inolvidables, una legión de artículos en periódicos y notables ensayos políticos manados desde su biografía, autodidactismo y convicciones. Amó la libertad, vivió en ella y nunca renunció a su ideario. Precisamente, la veta político-social de su obra, escrita desde la perspectiva del éxito y la riqueza, junto con el punto “incómodo” de algunos de sus textos (habló del “peligro amarillo”, describió la indolencia de los habitantes de la Polinesia y asumió la supremacía de la raza blanca) constituye algo intolerable para el delicado paladar de los ortodoxos de lo políticamente correcto, y han llevado a que tanto él como su obra literaria sean juzgados con remilgos. Afortunadamente no escribió pensando en los críticos de entonces ni en los de hoy. Así, ofende que London sea reducido a “un escritor de aventuras”, y causa hilaridad que una ciudad en los territorios del Yukón cambiara en 1996 el nombre del *Jack London Boulevard* por el de *Two-mile Hill* por su hoy heterodoxo punto de vista sobre las razas. Sin embargo, conviene tener presente que los juicios a cien años vista permiten tanto ganar como perder la adecuada perspectiva; que la naturaleza humana es la que es en todas las latitudes y que con frecuencia hallamos en ella tanta energía y coherencia ayer como lo que hoy puede interpretarse como heterodoxia o contradicción. Y es que no pudo ser fácil para Jack London intentar conjugar a Nietzsche con Marx, las estrecheces de la infancia con la opulencia de la madurez, conceptos como individualismo y gregarismo, o ideales con intereses.

London tuvo afán de aventuras y de vida y sus argumentos fueron brillante fruto de ello. Fue escritor de ideas y vivió con pasión lo que escribió; y ese aire vital da a su obra un espíritu que nos deslumbra y atenaza. Su estilo, basado en un lenguaje crudo y sin edulcoraciones, es directo y nos muestra un dominio de la acción, el tiempo y los personajes sencillamente magistral. London no sólo creó una gran obra: creó lectores. Porque, cuando el lector se acerca a sus relatos breves o a sus novelas, queda prendido desde la primera hasta la última página, en muchas ocasiones con el aliento contenido. No se sale incólume de sus libros.

Y en cuanto a sus personajes, sólo como ejemplo recordemos lo que con tanto acierto observó respecto al protagonista de *El lobo de mar* el tantas veces cáustico Ambrose Bierce: “Lo más grande —y lo es entre las más grandes ideas— es la enorme creación del capitán Wolf Larsen... El tallado de esa figura es una obra que justifica toda una vida...”.